

## Estar en vela.

### Las desveladas y las despiertas de la parábola de Mt 25,1-13

¿Estar en vela es desvelar o desvelarse? Hay una parábola en el evangelio de Mateo, en ese capítulo increíble en el que imagina el juicio final con las ovejas y los cabritos, en términos de esa cotidianidad que es dar de comer, de beber, o vestir y visitar. En ella propone a dos grupos de mujeres, unas que saben velar y otras que no. Unas que consiguen estar despiertas y otras que se duermen. El texto tiene su aquel. Un grupo se mantiene despierto y el otro se descuida y, al final, se duerme.

Centrémonos en el grupo en vela, en las mujeres que mantienen sus lámparas encendidas a la espera del novio [1]. No son mujeres desveladas en el sentido de descubiertas. Más bien al contrario. Van en grupo, no se distingue a ninguna, ni al autor le importa. Son mujeres en vela, despiertas en medio de la noche.

Tradicionalmente esta parábola ha sido uno de los textos objeto de predicación a la Vida Religiosa... *femenina* –¿por qué, si es un texto del evangelio se hacen estos distinguos de género?– y se les decía a las religiosas que han de ser como las vírgenes más listas – ¡ah!, era por eso de las vírgenes por lo que no se aplicaba a los religiosos– que mantienen encendidas sus lámparas esperando al “esposo”, un Esposo al que se identificaba sin duda ninguna con Jesús, pues en un contexto donde predomina el supuesto de que el estado natural de las mujeres es el matrimonio, a las religiosas se las imagina como “esposas”, eso sí, espirituales y del Señor. Lo de los religiosos era otro cantar. Ellos siempre fueron *célibes*, mientras que nosotras siempre fuimos *vírgenes*. ¡Hay una diferencia! El caso es que velar, que es un verbo con mucha fuerza, según se mire, quedó reducido a la vela-espera de las mujeres respecto a sus maridos, aunque el esposo en este caso sea excepcional, al tratarse de Jesús, el Señor. Está claro que el texto no se entendió muy bien... y, mucho menos, su función en su contexto.

Las Desveladas entendemos más hondo el verbo velar y, cuando leemos la parábola con ese sentido, todo parece distinto. Nuevo. Hasta subversivo. Velar es hacer vela durante la noche. Es, en primer lugar, un verbo activo. Al verbo esperar hay que añadirle algo que determine si se trata de una espera pasiva o activa, pero el verbo velar es activo; activo del todo. Además, implica hacer algo completamente opuesto a lo que hace el resto de la gente en ese tiempo: estar despiertas, cuando todo el mundo duerme. Estar despiertas y alumbradas cuando predominan el sueño y la oscuridad. Es un grupo que sabe lo que significa velar y no improvisa. Trae el combustible, incluso con repuesto, por si acaso: son mujeres previsoras ante lo imprevisto. Conocen la noche. Saben como hay que estar en ella. La noche de la parábola es un símil de la incertidumbre, pues no saben a qué hora vendrá el que esperan, o lo que esperan. Por eso llevan con ellas lo único que puede combatir la noche y el tedio de la espera: lámparas, aceite y, sobre todo, compañía. En esta vela solo hay una certeza: el novio va a venir. Lo demás es incertidumbre. El grupo que vela afronta la incertidumbre con los recursos que tiene: los mínimos, los suficientes. La parábola termina bien para ellas, pues en un momento determinado de la noche llega el novio y ellas entran a las bodas [2].

Vengámonos al ahora. No es necesario abundar en el contexto de incertidumbre de la vida en el planeta. Es importante, sin embargo, pensar en el modo de afrontarlo. La Vida Religiosa femenina ha sido presentada, interesadamente, como un estilo de vida marcado por la seguridad. Lo componen mujeres con la vida resuelta y sin los

problemas emocionales, y de todo tipo, que acarrea la vida de pareja y de familia, como la única alternativa a la que ha sido opuesta hasta tiempos recientes. Esta estampa, tan manida, es un estereotipo. La parte de verdad que tiene queda tergiversada por el marco en el que se la coloca y la generalización a la que da lugar. Si hablamos de la vida monástica, existe una identificación falsa entre la estabilidad (voto de permanecer en el mismo monasterio hasta la muerte) y la seguridad, porque la estabilidad abre infinitos matices a la incertidumbre y a la inseguridad humanas. Y si hablamos de la Vida Religiosa femenina apostólica, toda aspirante que entra sabe que tiene algunas referencias seguras y, muchas más, inciertas. Comenzando por la comunidad, pues ninguna sabe dónde irá a parar ni cómo serán sus compañeras ni si podrá vivir con ellas, o con algunas. No sabe cuánto tiempo permanecerá en el mismo lugar ni si la enviarán a otro, lejano o cercano, de la propia nación o de otras esparcidas por el mundo. Tampoco tiene certidumbre sobre lo que tiene que hacer. Las vidas de las religiosas están llenas de anécdotas sobre las dificultades que han debido afrontar ante lo desconocido: la lengua, la cultura, las relaciones, la geografía, lo que deben hacer y lo que no, la manera de hacerlo y el sentido de lo que hacen, la comida, la integridad personal, si están en territorios de guerra, el propio destino cuando se comprometen en las luchas sociales y contra la injusticia... La incertidumbre, con frecuencia, afecta a la propia identidad, especialmente en un mundo en el que los cambios se suceden de manera vertiginosa.

Han desaparecido algunas incertidumbres e inseguridades, es verdad, pero han aparecido otras más inquietantes si cabe. En un caso, el de antes, y en otro, el de ahora, estas mujeres van con poco más que lo puesto, como las compañeras que velan en la noche.

Las religiosas hoy seguimos en vela. Estamos en medio de diferentes noches con nuestras lámparas encendidas y una o dos certezas, a lo sumo. Llevamos repuesto, como las vírgenes del evangelio, por si acaso, y nuestras vidas no siempre terminan, en este mundo, como en la parábola. Muchas se pierden, o son secuestradas. A otras las asesinan. A muchas –¡muchas!– las violan aquellas mismas personas en las que depositan su confianza. A otras, la vela las desorienta y el mundo de la noche les crea confusión. Pero las religiosas no nos dormimos. Seguimos haciendo lo que hacen las que están en vela: lo opuesto a lo normal, para intentar que la noche sea menos amenazante, más esperanzadora, más propicia al sueño de la mayoría. Y las que estamos en las congregaciones, monasterios y comunidades diversas y dispersas sabemos que no nos referimos a mujeres extraordinarias, porque la mayor parte de nosotras hemos convertido lo extraordinario en ordinario y cotidiano, y no llama la atención. Parece tan normal, tan propio, que pasa inadvertido, que casi nunca es noticia ni se hace visible.

Estas mujeres, las religiosas de hoy, permanecen en la noche con sus lámparas encendidas y su actitud dispuesta para afrontar las tinieblas. Cuentan con sus pequeñas luces y con su mutua compañía para pasar la noche y animar la vela. Están desveladas porque permanecen despiertas, alerta, atentas, alumbrándose mutuamente para crear en la noche el foco de luz que son ellas mismas. Es tan ordinariamente extraordinario, que no se las ve.

Las Desveladas creemos en la eficacia del velar y del estar en vela. Nos apena que no se vea a las religiosas, pero sabemos que la noche es menos fría y desapacible, cuando ellas, en compañía, juntan sus lámparas y se convierten en un foco de luz y calidez. Sabemos que, en el mundo, este velar y permanecer despiertas es más necesario que

nunca. La realidad exige una gran atención, pero tal vez no en la dirección que nos marca el patriarcado o la misma iglesia. Con toda certeza, no en la dirección que nos imponen los políticos de turno ni los fuegos fatuos de los sistemas financieros y de la economía. Estas mujeres, muchas de ellas, alumbran la noche verdadera, aguantando sus miedos y haciendo frente a la incertidumbre y a la ausencia de luz y claridad. Son tan necesarias que, si no existieran, tendríamos que inventarlas.

*Desveladas*

---

[1] Es necesario aclarar que lo del novio es tan simbólico como el resto de la parábola.

[2] En los evangelios, cuando se habla de bodas, novio..., lo que está en el trasfondo es el proyecto de Jesús o Reinado de Dios. La imagen es sugerente, a pesar de que se suele entender dentro de un contexto semántico patriarcal, porque, como advierten algunos y algunas biblistas, nunca hay novia, de manera que el oyente tiene que recomponer los datos de un puzle al que le falta una pieza esencial. El resultado es transgresor y, en todo caso, diferente.